



LA ÚLTIMA PIEDRA

Por Mariano Garrigues, Arquitecto

Ya no están los tiempos para ceremonias. Falta tiempo y, seguramente, sobra mal humor.

Esto lo decimos pensando en aquellas épocas en que era costumbre solemnizar la colocación de la primera piedra de todo edificio que se tuviese por bien fundado o, si se quiere, como bien nacido (1).

Todavía nos quedan estampas de entonces que representan la colocación de una primera piedra, y esta dedicación pública de la arquitectura merecía al respeto de todos los ciudadanos, quienes estaban en lo cierto al creer que los edificios se elevaban sobre el suelo para algo más que producir renta a sus fundadores.

Pero aceptemos la evolución, sabiendo crear nuevos ritos que sustituyan a los caídos en desuso. ¿Qué tal estaría, por ejemplo, la institución de la ceremonia de la última piedra, la de los agravios?

El ceremonial sería tan sencillo que sólo exigiría la asistencia del propio arquitecto; y nada de arquetas de plata repujada llenas de pergaminos lacrados y rodeadas de yesos y discursos. Bastaría esto: El arquitecto, el día señalado, subiría una vez más a pie (2) aquella escalera tan conocida para él, ahora aún fresco su solado. Una vez en lo alto de la construcción se dirigiría al humilde rinconcito, falto del último remate, donde está el pequeño hueco que mandó hacer en el muro (3) y dentro del cual exis-

tirá una cajita de cinc que habrá regalado para el caso, seguramente, su amigo el fontanero. Pausadamente, el arquitecto abrirá su carpeta y sacará unos dibujos, unos muy trabajados, otros quizá en esbozo; los mirará con tristeza, pero también con cierto orgullo, pues en ese momento podrá pensar en tantos otros como él —algunos, muchísimos, más grandes— a quienes les sucedió alguna vez lo mismo.

Luego le veremos prender fuego a los papeles y meter sus cenizas en el pobre sarcófago antes de recibir, por fin, la última pellada aquella piedra, que quedará ya para siempre anónima para los demás y entrañablemente unida a la obra.

Y esto será todo. Después, el aire limpio de aquella altura sobre la ciudad devolverá pronto el sosiego al arquitecto, antes de volver al trabajo que le espera, como un día más, en su estudio.

¿Será necesario, queridos compañeros, que preguntemos qué es lo que dejó enterrado en este sencillo ritual nuestro solitario protagonista? Ciertamente, no. Pero, por si otros han de leer, lo diremos:

Allí quedó para siempre el recuerdo y simbólico testigo de lo que debió ser aquel edificio, según las ideas que supo soñar el arquitecto y que quedaron sacrificadas, con su ilusión, a los mezquinos intereses de una entidad anónima o a la soberbia incompreensión de unos propietarios que tuvieron ellos también, además de sus dineros, sus propias «ideas» (4).

(1) Ahora ese primer kilogramo de hierro, que no será, por supuesto, del pedido oficial, conviene esconderlo de toda publicidad.

(2) El arquitecto no termina de creer en los ascensores modernos.

(3) El agujero que tanto habrá encarecido la obra, según dirá luego el propietario.

(4) O, sencillamente, una eventual suscripción a H. & G.